

HASTA QUE LA MUERTE

YOLANDA IZARD

Durante meses me empeñé en resucitarlo. Desvaído y gris, su torso se había contraído, aminoraba su presencia; pero yo lo retuve con vendas y cintas, le até a mi desgarró, pinté en su semblante alicaído mi propia melancolía. Parecía ya más humano –un humano triste y perplejo, como yo misma–, cuando un nuevo rictus, desconocido, vino una mañana a deshacer la armonía de sus rasgos.

Me quejé como un ángel insatisfecho. ¿Ves? Si no fuera por mí... des-
agradecido...

Le senté en la mesa del comedor, sujetándolo bien a la butaca con la ayuda de dos cinturones. Y aquel rictus seguía allí: un desprecio, se diría, una coartada de la consunción.

No te lo permitiré, le dije con dureza.

Nunca le había hablado así, pero había que interponerse entre la malicia del destino y la mediocridad del indolente.

Me senté en la otra cabecera de la mesa, dos metros más allá. Los cubiertos y la vajilla y la gran fuente de plata en medio. Le sonreí. Pero él no sólo seguía imperturbable, sino que además, escudado en los párpados caídos, en el sortilegio de su boca violácea que adulteraba su finura, en la piel colgante y lívida de sus mejillas y, para colmo, en el recién aparecido rictus de pretencioso y contumaz desaire, parecía des-
deñar toda mi obra.

Se me iba. Con la destreza de quien quita las trabas a la muerte.

Hacía tanto frío en la nave. Ni los muebles decimonónicos que con cuidado había allí instalado ni las pesadas cortinas de terciopelo que colgué delante de infectos ventanucos, ni la templanza con que traté de disimular el vacío y la frialdad del lugar, pintando sobre las paredes los murales que representarían una vida conyugal cálida y armoniosa, habían conseguido fundar el hogar que yo habría deseado para nuestra eternidad.

Después de la comida, me lo llevé a reposar al balancín, frente al mar. El olor de la sal y de la espuma abigarran la vida, la subrayan con la contundencia del movimiento que no cesa, que no es pasajero ni inestable, por eso le senté frente a las olas, para que aprendiera a permanecer; y su sola visión, que sosiega el espíritu, ayuda a perseverar en las rutinas de lo vivo, por eso, y no sin esfuerzo, pegué sus pestañas a los párpados.

Me puse a leer. De vez en cuando le miraba. Su cabeza se dobló de pronto sobre el hombro, y ese movimiento inesperado trajo el reflujo de su cuerpo y un pequeño hormigueo del vientre, y su pierna derecha se estiró.

¿Ves?, qué bien el mar..., le dije, feliz, cerrando el libro.

El mar resucita hasta a un muerto, iba a añadir, pero me callé.

Nos quedamos dormidos, no sé cuánto tiempo; el mar parecía suspirar pegado al muro, caían alcaravanes desde los ladrillos y, abajo, junto al usado rodapiés, asomaban, perplejos, los caracoles marinos.

Las pisadas de los cangrejos hollaban el cemento. Y yo abrí los ojos, súbitamente lúcida. Sobresaltada por una idea que iba tomando cuerpo en mi desperezo. ¿Era su voz la que así me llamaba? ¿Mi nombre, mi nombre, en su boca lamido? ¿O sólo lo había suspirado, como autómatas reflejo de su postrera languidez?

Le miré.

Sus ojos, sumamente abiertos, despechados, miraban y no miraban: por ellos no pasaba el menor resquicio de voluntad.

Serás canalla, le reproché con dulzura.

Ya cuando la noche esparcía su huella oscura por los tapetes bordados y ensombrecía los retazos de sus dedos, volví a inclinarme sobre su figura. Las estrías de su piel desgana se difuminaban, se borraba el mustio tic de la boca abierta –comisura desdentada, conato de risa que se ajaba– y me sentí tierna como una niña, y le abracé.

En mis brazos caía el rigor de su trato, la severidad de su silencio.

Pasé toda la noche recomponiéndolo de nuevo, maquillándolo, interrumpiendo su tendencia a la desidia.

Ha amanecido ya, y me desperezo. Me miro en el espejo: aquí la tristeza. No poseo sino este muñeco, este patético y ostentoso muñeco hecho jirones.

Lo lanzo al mar, junto a la orilla del cemento, y una culebra marina se lo lleva lejos. Veo cómo rielan sus grandes ojos, sus enormes ojos sin brillo, antes de hundirse en la trastienda de mi melancolía.